



[Caja negra]

EDITORIAL

La lenta panorámica que ofrecieron las televisiones aquel 13 de febrero de 1998 parecía detener, siquiera por unos instantes, la constante aceleración, siempre hiperexcitada, del flujo televisivo.

Mostraba a un grupo de hombres y mujeres -miembros, todos ellos, del entonces recién constituido Foro Ermua- sentados frente a la cámara. Estaban callados, mas no porque no tuvieran nada que decir, sino porque acababan de hacerlo: de decirlo, escribirlo, firmarlo y recitarlo. Pero sobre todo porque el silencio que seguía a ese acto constituía, a su vez, un nuevo acto: el acto de permanecer ahí, sustentando, con su presencia, sus palabras.

Y eso era, exactamente, lo que hacían: permanecían quietos, sentados frente a las cámaras. Por eso en nada era pasiva la tensa densidad de su quietud; poseía, por el contrario, la fuerza inequívoca de la acción sostenida. Pues, precisamente, después de haber fijado sus nombres al pie del documento que habían decidido suscribir, permitían ahora que las huellas de sus rostros fueran apresadas por las cámaras para ser, en seguida, difundidas por todos los rincones -y clasificadas en todos, incluso en los más sórdidos ficheros.

Nada, pues, de pasividad. Por el contrario: la extrema firmeza del acto que sostiene y despliega, en el tiempo y en el espacio, una palabra verdaderamente asumida. *Verdaderamente asumida*; es decir, asumida al precio del riesgo que comporta.

Y de hecho, la tensión, la angustia, el miedo, constituían la vibración más palpable de aquella lenta panorámica. Mas, desde luego, no estaban muertos de miedo, sino extraordinariamente vivos – nadie está tan vivo como aquel que afronta su miedo–. Y, por lo demás, el miedo es uno de los umbrales de la verdad. Lo que puede, también, ser dicho de esta manera: quien, cuando habla, no conoce miedo alguno, puede estar seguro de encontrarse muy lejos de la verdad. Y todavía: nada como el miedo afrontado diferencia más nítidamente al héroe del psicópata.

Un miedo vivo, pues, frente al miedo muerto de los muertos de miedo. De los que, para no afrontar su miedo, miran para otro lado. O de aquellos que, para no tener miedo, deciden que ya no creen en nada y que, por eso, nada va con ellos –y por cierto, pocas cosas tan escalofriantes como ésa: que *nada* va con ellos–. O el de aquellos otros que, en vez de afrontar su miedo, lo instalan en el núcleo mismo de sus palabras y sus actos, convertidas, las unas y los otros, en gestos de pleitesía ante aquellos otros que alimentan la maquinaria del amedrentamiento.

Y sucede entonces que, porque han sido dichas y sostenidas como actos en el filo de ese miedo, algunas de las palabras más usadas, aquellas que parecían haberse convertido en adornos huecos de actos que nada tenían que ver con ellas, de pronto, recobran su densidad, conmueven, hacen sentir su verdad.

Palabras como éstas: democracia, libertad, derecho a la palabra. Sin las cuales, la palabra paz ya no tiene otro significado que el de un siniestro sarcasmo.

Jesús González Requena

Occidente.

Lo transparente y lo siniestro

Pensar algunos de los discursos que configuran nuestro presente: tal es la tarea que proponemos en lo que sigue.

Nos ocuparemos, entonces, del Discurso Cibernético y del Discurso Artístico. El último en tanto discurso de la representación. El primero como síntesis de la convergencia entre el discurso económico y el discurso científico. Pero no tanto en la perspectiva de establecer sus diferencias, como en la de anotar sus cadencias comunes. Pues son ellas las que algo pueden decirnos sobre nuestra contemporaneidad. Serán necesarias, en cualquier caso, algunas consideraciones preliminares.

Frente al discurso: dos perspectivas

Los discursos pueden ser abordados desde dos perspectivas. Una, inmanente, atiende al estudio de los modelos sintácticos, lógicos y gramaticales que los generan, como al de los que, en su interior, pueden configurar. Levanta acta, en suma, de las estructuras de las que el discurso se reclama y de las que configura en tanto espacio de una cierta productividad semiótica. Ésta es la perspectiva del análisis, que proclama justamente la cientificidad que su inmanencia –en el sentido saussuriano– le concede.

La segunda perspectiva es la de la interpretación. Puede ser esotérica –lo ha sido muchas veces–, pero también puede alinearse en el proyecto de racionalidad de la ciencia occidental, y en cuanto tal conocer de criterios de control que le conceden un estatuto científico. Deberá, en todo caso, orientarse en relación a la filosofía, y en ello desbordará los límites que se impone la pers